

señoras derechas y tiasas, de rostros impasibles, cuyas miradas majestuosas me hicieron temblar de pequeño y reír á hurtadillas de adolescente.

Esa noche me dormí sonriendo al recuerdo de Ana, agarrada á los pliegues del traje de su madre.

* * *

Una tarde me dirigí á casa de mi amigo. El crepúsculo envolvía la calle llenándola de melancolía. Era la hora en que las madres deshacen las camas de sus hijos que juegan frente á la casa. Ana corría con su hermanito en la media calle y sus gritos alegres iban como campanillas que voltejeaban entre la melancolía de la tarde. El pequeño cayó y se hizo daño en las piedras. Yo ví á la niña acudir á él y con el gesto amoroso de una madre en miniatura, besarlo y pasaale la mano por las rodillas adoloridas. Me pareció tan encantadora, que deseaba cogerla entre mis brazos y besarla en la frente.

A los lloros, la madre salió presurosa y la oí gritar con voz descompuesta: ¿No te dije, Ana, que tuvieras cuidado del niño? Eres una poca pena. Y con mano despiadada pegó á la niña en la cabeza.

Mi dolorosa estupefacción fué inmensa. ¿Era aquella la dulce madre en que yo había soñado? La madre á quien no podía imaginar sino sonriendo á sus hijos?

Ella se internó en la casa con el niño y Ana quedó en la acera. Al acercarme sollozaba amargamente, recostada en la pared y con el rostro entre las manos.

—No llores, Ana—la dije—acariaciando sus bucles.

Pero no me contestó, y el recuerdo de sus sollozos, llenos de amargura, fué lo que esa noche me acompañó en mi cuarto de estudiante.

* * *

En otra ocasión me detuve al entrar, á la puerta de la habitación de la madre de Ana que estaba en ella con sus

hijos. Jugaban los niños entre los muebles y ella parecía nerviosa con los movimientos de éstos. El chiquitín corrió á refugiarse en sus rodillas y ella lo levantó entre sus brazos con cariño. Ana entonces se colgó á su cuello y atrajo hacia sí la cabeza de su madre para besarla. Era un bello cuadro.

Pero la madre lo deshizo cruelmente. Con un movimiento de enojo desató el suave lazo que los brazos de Ana formaron en torno á su cuello, y con acento grosero la dijo:

¡Quita, que me fastidias!

La niña, avergonzada, se retiró tras las cortinas.—Qué pensamiento maltrataría su corazón? Casi lo adivinaba. Era éste.—¿Por qué á mí me rechaza y á mi hermanito no?

Cuando salí, ya ni la madre ni el niño estaban en la sala, pero Ana continuaba todavía en el mismo sitio. Ya no lloraba; tenía los deditos introducidos entre las puntas del encaje de las cortinas y sus ojos enrojecidos miraban ante sí con aire de meditación.

¿Qué pensaría aquella cabeza de seis años?

* * *

Pero nunca me pareció tan cruel como este día. Estábamos en su cuarto mi amigo y yo: él escribía y yo dictaba.

Nadie sabía que nosotros estábamos en casa. Podíamos ver lo que pasaba en la habitación del frente á través de las cortinas de una ventana. La señora cosía en ella. Tenía la cabeza ceñida por una venda.

Debe estar enferma, pensé. Ví pasar á Ana saltando con su gran perro y penetrar en la habitación donde estaba su madre. Esta le ordenó sentarse «con formalidad». El perro continuó moviéndose delante de su amita. Con uno de los movimientos de la cola, derribó el endeble costurero que tenía la señora frente á ella. ¡Pobre animal! Se levantó llena de ira y descargándole puntapiés lo echó de la habitación.

—«Quita de aquí, sinvergüenza».